

# La ventana abierta

Saki



—Mi tía ya baja, señor Nuttel —dijo, muy segura de sí misma la jovencita, de unos quince años—. Mientras tanto tendrá que conformarse con soportarme a mí.

Framton Nuttel hizo un esfuerzo por decir algo debidamente halagador para la sobrina y que a la vez también dejase debidamente a salvo los méritos de la tía que estaba a punto de bajar. Interiormente, dudaba cada vez más que esas visitas de cortesía a una serie de totales desconocidos ayudaran a la cura de nervios que se suponía estaba empezando.

—Sé muy bien lo que va a pasar —le había dicho su hermana cuando él estaba en los preparativos de su retiro al campo—. Te enterrarás ahí y no hablarás con ser viviente y tus nervios se pondrán peores a causa de la depresión. Voy a darte cartas de presentación para todos los que conozco allí. Si no recuerdo mal, hay gente de lo más agradable.



Framton se preguntaba si la señora Sappleton, a quien había ido a entregar una de esas cartas, estaría en el grupo de la gente agradable.

—¿Conoce a alguien por aquí? —preguntó la sobrina, cuando estimó que el silencio compartido ya era demasiado.

—Casi a nadie —dijo Framton—. Pero mi hermana estuvo aquí, en la vicaría, ¿sabe?, hace unos cuatro años, y me dio cartas de presentación para algunas personas.

Dijo esto en un tono de clara pesadumbre.

—Entonces, ¿no sabe prácticamente nada de mi tía? —continuó la jovencita segura de sí misma.

—Sólo su nombre y su dirección —reconoció el visitante.

Framton se preguntó si la señora Sappleton sería casada o viuda. En la sala se notaba algo indefinible que hacía pensar en una presencia masculina.

—La gran tragedia de su vida ocurrió precisamente hoy, hace tres años —dijo la jovencita—. Debí pasar después que su hermana estuvo aquí.

—¿Tragedia? —preguntó Framton. La idea de tragedia le parecía fuera de lugar en aquel plácido rincón.

—Usted se debe preguntar por qué tenemos esa puerta abierta de par en par un atardecer de octubre —dijo la sobrina, señalando una amplia puerta ventanal que daba al césped.

—Para ser esta época del año, casi hace calor —dijo Framton—, pero, ¿tiene algo que ver con la tragedia esa puerta?

—Hoy día se cumplen tres años desde que salieron por ahí, a pasar el día cazando, su marido y sus dos hermanos menores. No regresarían jamás. Caminando hacia su lugar preferido para cazar pájaros, cruzaban las marismas cuando, de pronto, un pantano traicionero los devoró a los tres. Había sido un verano espantosamente húmedo, sabe, y sitios que por años fueran seguros de repente se hundían sin avisar. Nunca encontraron sus cuerpos... Y eso fue lo peor de todo.

Al llegar a este punto, la voz de la muchacha perdió su aire de seguridad y se volvió temblorosamente humana.

—Mi pobre tía sigue creyendo que algún día volverán, los tres, con su pequeño perro castaño, que también desapareció con ellos. Y que entrarán por ahí por esa puerta tal como solían hacerlo. Por eso permanece abierta todas las tardes hasta que anochece por completo. ¡Pobre tía! Me ha contado tantas veces cómo se fueron: su marido, con el blanco impermeable al brazo, y Ronnie, el más pequeño de sus hermanos, cantando "Bertie, ¿por qué saltas?", para molestarla, como de costumbre, pues ella decía que no la



soportaba. ¿Sabe...?, a veces, en tardes quietas y serenas como ésta, casi se me pone la piel de gallina pensando que en verdad pudieran entrar los tres por esa puerta...

Medio estremecida, se interrumpió. Para Framton fue un alivio ver a la tía entrar en la habitación, deshecha en disculpas por su demora en bajar.

—Espero que Vera lo haya entretenido —dijo.

—Y de manera muy interesante —agregó Framton.

—Y espero que a usted no le moleste que tengamos esa puerta abierta —dijo la señora Sappleton, muy rápido—. Mis hermanos y mi marido vuelven de sus cacerías directamente a casa, y siempre entran por ahí. Hoy fueron a cazar pájaros en los pantanos, así que me van a dejar un lindo desastre en las alfombras. Algo muy de ustedes, los hombres, ¿no es verdad?

Continuó alegremente su charla sobre la caza y la escasez de aves y las perspectivas de patos para el invierno. Framton hallaba todo eso simplemente siniestro. Hizo un desesperado intento, que solo en parte fue exitoso, por llevar la conversación hacia un tema menos horrible. Notaba que la señora Sappleton sólo le prestaba atención a medias, y que sus ojos miraban por encima de él, hacia la puerta abierta y el césped de afuera. Vaya coincidencia nefasta la de haber ido a visitarla el mismo día del trágico aniversario.

—Los médicos están todos de acuerdo en recomendarme reposo absoluto, ausencia total de excitaciones mentales y por ningún motivo ejercicios físicos violentos —anunció Framton; vivía en la ilusión, notoriamente difundida, de que todos los desconocidos y cualquiera que el azar nos presente, arden en ganas de conocer hasta los menores detalles de nuestros achaques y enfermedades, así como su origen y tratamiento médico—. Es respecto de la dieta —continuó—, que no están muy de acuerdo.

—¿No? —dijo la señora Sappleton, con una voz que sólo al último instante logró disimular un bostezo. Luego, repentinamente alerta, puso atención... pero no a lo que decía Framton.

—¡Ahí están, por fin! —exclamó—. ¡Justo a tiempo para tomar el té! ¿Dime si no traen barro hasta en los ojos?

Framton se estremeció ligeramente y dirigió a la sobrina una mirada que quería ser de compasiva comprensión. La jovencita miraba hacia afuera, por la puerta abierta, con una aterrada turbación en los ojos. Estremecido por un impulso de inmenso pavor, Framton giró en su asiento y miró en la misma dirección que ellas.

En las crecientes sombras del crepúsculo, tres figuras avanzaban por el césped hacia la puerta. Las tres con escopetas bajo el brazo y una de ellas, además, con un impermeable blanco echado al hombro. Les pisaba los talones un exhausto perro color castaño. Se acercaron a la casa sin el menor ruido hasta que, de pronto, una voz juvenil y ronca elevó un canto en las tinieblas:



—“Dime, Bertie, ¿por qué no brincas?...”

Framton agarró violentamente su bastón y su sombrero. La puerta de entrada, el sendero de arena y la reja exterior fueron etapas que apenas notó en su resuelta retirada. Un ciclista que venía por el camino se tuvo que lanzar contra unas matas para evitar un choque inminente.

—Estamos de vuelta, cariño —dijo entrando por la puerta abierta el hombre del impermeable blanco—. Envueltos en barro, pero ya está medio seco. ¿Quién es ese que salió como un rayo cuando nos vio?

—...Un tipo bastante raro, un tal señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—. No habla más que de sus enfermedades y, cuando ustedes llegaron, escapó a todo dar sin una palabra de despedida o de excusa. Cualquiera diría que vio un fantasma.

—Debe haber sido por el perro —dijo tranquilamente la sobrina—. Me dijo que tiene pavor a los perros. Una vez, en la India, una jauría de perros de parias lo persiguió por las orillas del Ganges hasta un cementerio. Tuvo que pasarse la noche en una fosa recién excavada, con todos los animales gruñéndole y mostrando los dientes y echando espumarajos justo encima de él. Eso debe de ser suficiente para que a cualquiera se le echen a perder los nervios.

Inventar historias sin previo aviso era su especialidad. ❁